Permitamé, maestro

Esto es para usted, maestro. Es bien modesto: por los poemas recitados y los muy bien en la libreta. Es para usted, ... pero no se me ponga triste, ¿eh, maestro?

Revivo los días de la humedad, la molestia de sus huesos, el café cada vez más negro y más compañero. Ahora debe saberlo: cuando estábamos entre amigos, nos gustaba evocarlo, imitarle sus maneras, sin recaer en que pre-ci-sa-men-te usted, nos había enseñado a observar a los grandes, desde un ángulo discreto.

Había otros, que lo cuestionaban -vaya si lo cuestionaban-, entonces yo no podía con mí mismo, y salía a defenderlo con indeclinable devoción.

Pero, maestro... no me lagrimée, vamos, que no se diga...

¿Se acuerda, maestro, de la torre de marfil? ¿Del llanto alado por la muerte del torero? ¿Y de la niña que sale al paso del caballero desterrado? Así de clarito supe de usted, que este oficio era largo y sortilego, y de Dios.

¿Qué hace, maestro? No lllore, que me va a hacer llorar a mí también. Por favor, no patalée así.

Escuche: una vez me enamoré de una mujer. Con ese amor que no deja dormir de noche y que revolotea en el estómago como si fuera una paloma. Mi sangre no se calmaba y me pedía, me exigía, que le diera a la pluma aún más.

Pero... maestro... déjeme terminar, por lo menos. No he podido dejar de pensar en usted, en su traje, en su ruido, en los celosos años en el Liceo... No, no es para tanto, maestro. ¡No se me revuelque por el piso! ¡Ay, maestro! ¡No se apriete de esa forma, la garganta! Qué es lo que voy a pensar, yo, que siempre he seguido sus pasos al pie de la letra. ¡Respire! Vamos ¡respire hondo! Justo ahora, que junté coraje para decirle... ¡No me haga esto, maestro!

MARCELA CONTINANZA

2do. año LETRAS

Turno Noche